Laura Bellini

Llegamos tarde a nuestro propio tren

No todos los caminos llevan en la misma dirección

Llegamos tarde a nuestro propio tren

No todos los caminos llevan en la misma dirección

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384901298

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - El precio del último viaje 12
Capítulo 2 - Entre los horarios y el deseo 25
Capítulo 3 - Donde termina el mapa 38
Capítulo 4 - Lo que no aparece en los horarios 49
Capítulo 5 - El derecho a decir que no 61
Capítulo 6 - Un instante fuera del horario 73
Capítulo 7 - Entre la intimidad y la verdad 85
Capítulo 8 - Al otro lado de las vías 97
Capítulo 9 - El último trayecto antes del silencio 110
Capítulo 10 - Cuando dejamos de contar los kilómetros 122
Capítulo 11 - La intimidad tiene sus límites 134
Capítulo 12 - El documento que faltaba 148
Capítulo 13 - Cuando el silencio se convierte en una decisión 162
Capítulo 14 - La verdad que hay que merecer 173
Capítulo 15 - La firma al pie de la decisión 184
Capítulo 16 - Un andén sin despedida 197
Capítulo 17 - Con voz propia 207
Capítulo 18 - El precio de revelar la verdad 218
Capítulo 19 - Todos los caminos hacia la verdad 231
Capítulo 20 - El tren al que llegamos a tiempo 243

INTRO

El tren debía salir a las siete y cuarenta y dos. A las siete y treinta y nueve, yo estaba en el andén con un vaso de café cuya tapa goteaba, mirando el panel electrónico como si la fuerza de mi mirada pudiera obligar a los números iluminados a mostrarse un poco más considerados.

Llevaba tres años sin perder un solo tren. No porque fuera especialmente puntual, sino porque había aprendido a dejar siempre un margen de seguridad. Veinte minutos para hacer un transbordo, un día adicional para los retrasos imprevistos, un segundo plan por si el primero resultaba imposible. En mi trabajo como autora de guías de viaje, aquella cautela se consideraba profesionalidad. En mi vida privada, mi amiga Marta la llamaba miedo a las sorpresas envuelto en un bonito papel de regalo.

Aquella mañana, en la localidad suiza de Chur, mi margen de seguridad era de tres minutos.

—Tenga cuidado.

Una voz masculina sonó justo detrás de mí. Aparté el codo, pero demasiado tarde. El vaso se inclinó peligrosamente y un hilo de líquido marrón resbaló por mi muñeca. Solté una maldición entre dientes.

El hombre que había estado a punto de chocar conmigo se detuvo medio paso más allá. Llevaba un abrigo oscuro, el pelo ligeramente despeinado y un bolso de cuero colgado del hombro. Tenía el aspecto de alguien que ya se había tomado su café y no pensaba disculparse ante el mundo por el simple hecho de existir.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

—¿Aparte de haber perdido la mitad de mi desayuno?

Miró mi vaso.

—Todavía le queda la otra mitad.

—Un optimista.

—Más bien un hombre que se atiene a los hechos.

Estuve a punto de responderle con algo igual de mordaz, pero entonces oí un silbato. Giré la cabeza. Junto a la puerta del último vagón, el revisor levantaba una mano.

Eché a correr.

El hombre salió corriendo conmigo.

Alcanzamos el vagón justo cuando las puertas empezaban a cerrarse. Pulsé el botón, aunque sabía que ya no cambiaría nada. En el cristal vi reflejado mi rostro: mechones de pelo oscuro que escapaban del recogido, la bufanda roja torcida sobre un hombro y una expresión de incredulidad que ni siquiera habría sabido describir en el diario de viaje más sincero.

El tren se estremeció.

Y después se marchó.

Durante unos segundos, solo escuchamos el golpeteo metálico de las ruedas y el suave murmullo del viento que se colaba entre los edificios de la estación.

—Fantástico —murmuré.

—Reconozco que resulta difícil llamarlo un comienzo prometedor.

Me volví hacia él.

—Si no hubiera sido por usted...

—Si no hubiera sido por mí, seguiría delante del panel de horarios con el café en la mano. La estuve viendo durante al menos dos minutos.

—¿Me estaba observando?

—Observaba el panel que había sobre su cabeza. Aunque debo admitir que su discusión con el reloj era bastante más interesante.

No debería haber sonreído. Sin embargo, lo hice, brevemente y a pesar de mi irritación.

El hombre se dio cuenta. No aprovechó la ocasión para provocarme otra vez, cosa que me irritó todavía más.

Saqué el teléfono y abrí el itinerario que había guardado. Era el primer día de documentación de una línea ferroviaria de montaña que cerraría al terminar la temporada. Tres estaciones, dos entrevistas, una serie de fotografías y el último servicio disponible por el tramo más pintoresco. Todo estaba organizado con antelación, pagado y confirmado. Dentro de un mes, la editorial esperaba recibir mi trabajo terminado para una nueva guía, y yo estaba decidida a demostrar que, después de abandonar una gran editorial, era capaz de sacar adelante proyectos ambiciosos sin que nadie tuviera que supervisarme.

Ahora, el primer punto de mi planificación se alejaba hacia las montañas.

—El siguiente sale dentro de una hora y veinte minutos —anunció el hombre mientras consultaba su teléfono—. Pero no sigue el mismo recorrido.

Lo miré con más atención.

—¿Cómo lo sabe?

—Me dedico a las rutas ferroviarias.

—¿Es revisor?

—Diseñador.

Lo dijo sin el menor atisbo de presunción. Como si diseñar líneas que atravesaban montañas fuera tan corriente como elegir el pan para desayunar.

—Entonces quizá pueda explicarme por qué cambiaron el horario hace dos días, aunque en la página web de la compañía ferroviaria todavía figuraba la antigua hora del transbordo.

Su expresión se volvió seria.

—Puedo explicarle varias razones. No todas le van a gustar.

Sacó del bolso una hoja doblada con anotaciones técnicas. Alcancé a distinguir el esquema de una línea que atravesaba el valle, varios puntos rojos y una pequeña inscripción sobre la evaluación de alternativas de explotación. Antes de que pudiera leer algo más, ocultó el documento bajo una libreta.

—¿Va a Bergün? —preguntó.

—Entre otros lugares.

—Entonces puede que tengamos un problema parecido.

—¿Tengamos?

—Yo también he perdido ese tren.

—Eso ya lo había notado.

Sonrió de verdad por primera vez. No fue una sonrisa amplia ni exhibicionista. Bastó para que la severidad de su rostro dejara paso a algo mucho más peligroso para mi tranquilidad: una diversión auténtica.

—Hubert Maj —se presentó, tendiéndome la mano.

Vacilé apenas un instante.

—Izabela Markiewicz.

Tenía la mano cálida y un apretón firme, aunque breve. Me soltó antes de que yo pensara siquiera en retirar la mía.

—Markiewicz... ¿Escribe guías de viaje?

—De vez en cuando.

—Leí su artículo sobre cómo recorrer la Baja Silesia sin coche.

Me sorprendió. Aquel artículo era una de las cosas más personales que había publicado. No me había limitado a describir conexiones ferroviarias y lugares de interés. Había escrito sobre pequeñas estaciones donde la gente se saludaba por su nombre y sobre el hecho de que no todos los lugares necesitan una autopista para merecer una visita.

—¿Y qué le pareció?

—Que perdona con demasiada facilidad los retrasos ferroviarios.

Solté una carcajada.

—Acaba de perder su oportunidad de mantener una conversación agradable.

—Pero me gustó aquella frase sobre las cosas que pueden verse desde la ventanilla de un tren y que un conductor no llega a apreciar.

No respondí enseguida. Recordaba una frase que yo había escrito una noche, sentada sola en un apartamento alquilado, preguntándome si todavía quedaba alguien que leyera artículos de viajes por el simple placer de viajar.

Hubert dirigió la mirada hacia las vías vacías.

—Si de verdad le interesa documentar esa ruta, existe otra conexión. Es más lenta, requiere un transbordo y un breve trayecto en autobús. Llegará antes del mediodía.

—¿Usted también va allí?

—Sí. Tengo que comprobar varios puntos sobre el terreno.

—¿Una coincidencia?

—Más bien un mundo bastante pequeño. Especialmente cuando siguen cerrando líneas ferroviarias.

Aquella última frase sonó diferente. Más baja, desprovista de la despreocupación anterior. Durante un instante contempló las montañas como si supiera algo de ellas que todavía no quisiera contarme.

Podía comprar otro billete, buscar una conexión y continuar sola. Exactamente como había organizado todos mis viajes. No necesitaba a un desconocido, aunque tuviera una voz que habría escuchado con gusto durante horas y unos conocimientos capaces de salvarme el día.

Abrí la aplicación. La ruta que me había sugerido existía realmente, pero exigía hacer transbordo en una pequeña estación cuyo nombre no había oído nunca.

—Me las arreglaré —dije.

—No lo dudo.

No intentó convencerme. Asintió y se dirigió hacia el paso subterráneo.

Lo observé alejarse con paso tranquilo. El abrigo oscuro se movía con el viento y el bolso de cuero golpeaba suavemente contra su cadera. No volvió la cabeza.

Entonces sonó mi teléfono.

En la pantalla apareció un mensaje de mi editora: «Iza, urgente. El operador ha confirmado que restringirá antes de lo previsto el acceso a algunas paradas. Si no reúnes el material ahora, después podría ser demasiado tarde».

Lo leí dos veces. Por un momento tuve la impresión de que el estrecho andén se había vuelto aún más angosto y de que las montañas que rodeaban el valle se habían acercado.

Levanté la vista. Hubert ya estaba junto a las escaleras.

—¡Señor Maj!

Se detuvo.

—Ese autobús —grité—. ¿Está seguro de que llegaremos a tiempo?

—No —respondió—. Pero conozco una manera de aumentar nuestras posibilidades.

Se volvió por completo y esperó.

Guardé el teléfono, me acomodé la bufanda y caminé hacia él. Todavía no sabía si estaba dispuesta a confiar en aquel hombre. Solo sabía que, por primera vez en muchísimo tiempo, mi plan cuidadosamente preparado había dejado de ser lo más importante del mundo.

Cuando llegué a su lado, Hubert no me indicó el camino. Simplemente preguntó:

—¿Preparada?

Lo miré a la cara y después observé las escaleras que conducían bajo las vías.

—¿Para viajar? Sí.

—¿Y para cambiar de planes?

No respondí.

Porque ¿cómo iba a saber si me daba más miedo perder el siguiente tren o descubrir que, esta vez, de verdad quería emprender un viaje con un desconocido?

Capítulo 1 - El precio del último viaje

El autobús olía a lana mojada, café de máquina y algo cítrico, probablemente el producto utilizado para limpiar los asientos. Al otro lado de las ventanillas se deslizaban laderas cubiertas de oscuros abetos y, por encima de ellas, se alzaban montañas cuyas cumbres desaparecían entre las nubes bajas. Yo estaba sentada junto a la ventana, con la cámara fotográfica sobre las rodillas y el cuaderno abierto. Hubert había elegido un asiento al otro lado del pasillo, dejando entre nosotros un espacio que yo no tenía que defender. Aun así, cada pocos minutos apartaba la mirada del paisaje para comprobar qué estaba haciendo. Revisaba documentos en una tableta, ampliaba de vez en cuando algún fragmento de un mapa y anotaba cosas con un lápiz digital. A diferencia de mí, no consultó la hora ni una sola vez.

—¿No le pone nervioso que vayamos con retraso? —pregunté finalmente.

Levantó la cabeza.

—Hemos llegado tarde a un tren que ya se ha marchado. Al siguiente todavía podemos llegar a tiempo.

—Eso no es una respuesta.

—Lo sé. Pero sospecho que la respuesta verdadera tampoco le gustaría.

Cerré el cuaderno.

—Pruebe.

—No todo aquello a lo que llegamos tarde está perdido.

Lo dijo con tranquilidad, sin el menor intento de atribuir a sus palabras un significado más profundo. Precisamente por eso, durante unos instantes no supe qué contestar. No me gustaban las personas capaces de desarmar con una sola frase una irritación cuidadosamente preparada. Y todavía me gustaba menos darme cuenta de que, aparentemente, Hubert ni siquiera tenía que esforzarse.

—¿Tiene usted cuarenta años u ochenta? —pregunté.

—Cuarenta. ¿Por qué?

—Porque habla como un hombre que ya se ha reconciliado con todas las decepciones del mundo.

Sonrió, aunque esta vez apareció algo más serio en su expresión.

—Con la mayoría. De las demás sigo ocupándome.

El autobús redujo la velocidad antes de una curva pronunciada. A través de la ventanilla distinguí un viaducto de piedra que cruzaba el valle varias decenas de metros por encima del río. Levanté la cámara, pero antes de conseguir enfocar, la estructura desapareció detrás de una pared de árboles.

—Mierda.

—Es el viaducto de Landwasser —dijo Hubert—. Desde el tren podrá verlo mucho mejor.

—¿Desde el que he perdido?

—Desde el siguiente. Siempre que deje de intentar fotografiarlo todo a través de la ventanilla del autobús.

Le dirigí una mirada que debería haber puesto fin a la conversación. En lugar de eso, Hubert se levantó, se acercó y señaló con un dedo un pequeño punto en el mapa de mi cuaderno.

—Aquí. Si viene mañana por la mañana, la luz entrará desde el valle. Diez minutos después del amanecer podrá conseguir una fotografía que ningún pasajero hará desde el vagón.

Observé el lugar señalado.

—Ahí no hay ninguna parada.

—Hay un sendero que parte del camino de servicio.

—¿Es de acceso público?

—Hasta el mirador, sí. Más allá, no.

No me gustaba que tuviera una respuesta para cada pregunta. Todavía me gustaba menos que su sugerencia fuera buena.

—Gracias —dije a regañadientes.

—De nada.

Regresó a su asiento como si no esperara que la conversación continuara. Yo, en cambio, pasé los siguientes minutos preguntándome por qué había reparado en que olía a cedro y a aire frío.

Llegamos a Filisur antes de las diez. El autobús se detuvo cerca de una pequeña estación rodeada de montañas. El aire era más cortante que en Chur y el sol apenas conseguía abrirse paso entre las nubes. En el andén solo había unas cuantas personas. A lo lejos se escuchaba el característico sonido metálico de unos vagones que maniobraban por una vía contigua.

Hubert bajó primero, pero no intentó hacerse cargo de mi equipaje. Se detuvo únicamente cuando advirtió que estaba revisando mis mensajes.

Mi editora había enviado otra información. La compañía ferroviaria local había adelantado el calendario de restricciones. Algunas paradas quedarían fuera de servicio antes de lo previsto inicialmente. Mi trabajo dejaba de ser un simple artículo de viajes. Se estaba convirtiendo en un documento sobre lugares que pronto podrían desaparecer de los horarios ferroviarios.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Hubert.

—Han cambiado las fechas. Tengo menos tiempo del que esperaba.

Saqué una lista impresa de las paradas y la extendí sobre un banco. Hubert echó un vistazo al papel, pero no se inclinó sobre él sin que yo lo invitara.

—¿Puedo? —preguntó.

Durante un instante consideré la posibilidad de negarme. Después le entregué la lista.

La leyó rápidamente. Al llegar al tercer nombre, detuvo el dedo.

—Es posible que no llegue a documentar esta parada.

—¿Por qué?

—El acceso al andén se restringe durante los trabajos de mantenimiento. En los próximos días van a realizar mediciones allí.

—¿Cómo lo sabe?

—Me encargo del análisis técnico de esta línea.

Aquella fue la primera respuesta que despertó mi verdadero interés.

—Entonces, ¿trabaja para la compañía ferroviaria?

—Para un equipo de ingeniería que colabora con el administrador de la infraestructura.

—¿Y está aquí por trabajo?

—Sí.

Sentí esa conocida punzada de cautela profesional. El hombre al que apenas una hora antes había considerado un compañero de viaje fortuito tenía acceso a información relacionada precisamente con la ruta que yo intentaba describir.

—¿Qué diseña exactamente?

—Redes de conexiones. Modernizaciones. Alternativas de utilización de las rutas existentes. A veces, también soluciones para líneas cuyo mantenimiento resulta cada vez más complicado.

—¿Incluido su cierre?

Hubert me miró atentamente.

—Diseñar rutas y tomar decisiones sobre su futuro son dos cosas diferentes.

—Pero una influye en la otra.

—Por supuesto.

No lo negó. Su sinceridad resultaba tan atractiva como insuficiente. Doblé el mapa, consciente de que nuestra conversación acababa de dejar de ser un inocente intercambio de información entre viajeros.

—Yo escribo sobre las personas que utilizan estas conexiones —expliqué—. No solamente sobre los paisajes. Quiero mostrar lo que realmente significa cerrar una línea para las localidades por las que pasa.

—Entonces también debería consultar los datos sobre seguridad y costes.

—Siempre que sean fiables.

—Los datos pueden ser fiables y las interpretaciones, diferentes.

—Una distinción muy conveniente.

—Una distinción necesaria.

Durante unos momentos nos miramos en silencio. Tenía los ojos gris oscuro y pequeñas arrugas junto a las sienes. No parecía un hombre acostumbrado a hacer concesiones fácilmente. Yo tampoco tenía intención de hacerlas.

—Dígame una cosa más —continué—. Si tuviera que elegir entre conservar una ruta pintoresca y cerrarla por razones económicas, ¿qué elegiría?

—Primero comprobaría si esas son realmente las dos únicas posibilidades.

Su respuesta me sorprendió.

—¿Y si lo fueran?

—Entonces necesitaría saber quién asumiría los costes de cada una.

—Suena razonable.

—Lo ha dicho con un tono que hace pensar que considera la sensatez un defecto de carácter.

—A veces lo es. Sobre todo cuando sirve para justificar decisiones de las que nadie quiere responsabilizarse.

Su rostro permaneció inmóvil durante un instante.

—En eso me resulta difícil llevarle la contraria.

Un empleado ferroviario con un chaleco reflectante salió de un edificio cercano. Al reconocer a Hubert, levantó la mano.

—Herr Maj! Die Unterlagen sind angekommen.

Hubert le respondió en alemán, de manera breve y práctica. El hombre señaló la puerta de una sala técnica y después me miró.

—¿Usted también forma parte del equipo?

—No —respondí antes de que Hubert pudiera abrir la boca—. Trabajo de manera independiente.

El empleado asintió y se marchó.

—¿Eso es importante? —preguntó Hubert.

—Muchísimo.

—Está bien saberlo.

Su reacción tranquila me dejó sin el argumento que todavía no había terminado de formular.

El tren regional llegó veinte minutos después. Esta vez subí al vagón sin prisas y elegí un asiento junto a una gran ventana panorámica. Hubert se sentó dos filas más atrás. No lo habíamos acordado; simplemente, cada uno eligió su propio espacio.

Cuando el tren se puso en marcha, el paisaje se abrió ante nosotros de forma tan repentina que me olvidé del teléfono. Las vías recorrían la ladera de la montaña. Abajo se extendía un valle atravesado por la cinta plateada de un río, mientras que al otro lado se alzaban claras paredes de piedra caliza. Las pocas casas que se distinguían parecían juguetes esparcidos sobre las pendientes verdes.

Hice fotografías, anoté nombres de localidades y grabé breves fragmentos de sonido. El ritmo característico de las ruedas sobre las uniones de los raíles, el murmullo discreto de las conversaciones, el chasquido de las puertas al abrirse. Quería conservar algo más que imágenes. El sonido de un lugar podía despertar un recuerdo con mayor precisión que una fotografía.

En una pequeña estación bajó una mujer mayor con una cesta de la compra. El revisor la ayudó a colocarla sobre el andén. Antes de que el tren arrancara, la mujer saludó con la mano a alguien que se encontraba en una ventana del edificio situado frente a las vías.

Solo hice una fotografía cuando me aseguré de que su rostro no aparecía en ella.

—Precisamente por eso es una pena perder lugares como este.

Hubert estaba de pie junto a mi asiento. No había advertido cuándo se había acercado.

—¿Porque las personas se conocen? —preguntó.

—Porque aquí el ferrocarril forma parte de la vida cotidiana. No es una atracción turística.

—Para algunos, desde luego.

—¿Y para otros?

—Para otros es una infraestructura cara que exige un mantenimiento costoso.

Me volví hacia él.

—¿Tiene que reducirlo todo a tablas de cifras?

—No. Pero usted tampoco puede reducirlo todo a una sola imagen conmovedora.

Sus palabras tocaron un punto que yo defendía con especial intensidad. Llevaba años luchando contra la idea de que los artículos de viajes debían limitarse a ser bonitos. Que bastaban una puesta de sol, unas cuantas cafeterías con encanto y un título atractivo. Yo, en cambio, quería describir lugares reales, incluso cuando su vida cotidiana no encajaba en un folleto lleno de colores.

—Usted no conoce mi forma de trabajar —respondí.

—Conozco uno de sus artículos.

—Eso no es suficiente.

—Entonces me encantaría ver más.

Lo dijo con tanta naturalidad que tardé unos instantes en comprender el doble sentido. Hubert también pareció advertirlo, porque una comisura de sus labios se elevó ligeramente.

—Más material de trabajo —aclaró.

—Por supuesto.

—Aunque su manera de argumentar también me parece interesante.

Esta vez sonreí sin resistirme.

El tren entró en el viaducto de piedra. Por la ventana distinguí el profundo valle y después la característica curva de las vías que conducían directamente a un túnel excavado en la roca. La luz cambió de golpe, reflejando nuestras siluetas en el cristal.

Durante un breve instante nos vi a los dos. Yo, con la cámara delante del rostro; él, de pie a mi lado, ligeramente inclinado para no taparme las vistas.

Parecíamos tener una familiaridad que no nos correspondía.

Aquella idea apareció inesperadamente y la aparté con la misma rapidez.

En Bergün me esperaba una entrevista concertada con el propietario de una pequeña pensión. Disponía de cuarenta minutos antes de tener que tomar otro tren. Hubert también bajó, pero se dirigió hacia un edificio técnico situado al final del andén.

—¿Nos veremos? —preguntó.

—Depende de si piensa volver a cuestionar mis métodos de trabajo.

—Solo si encuentro algún motivo para hacerlo.

—Entonces probablemente nos veremos.

Asintió. Durante un momento pareció querer añadir algo, pero finalmente se alejó.

La entrevista tuvo lugar en un pequeño comedor que olía a pan recién hecho. El propietario de la pensión, el señor Reto, me habló de turistas que llegaban en tren únicamente para pasear por el pueblo y tomar un café. También mencionó a los trabajadores de temporada, los jóvenes que viajaban para asistir a clase y los vecinos de más edad, para quienes el autobús resultaba mucho menos cómodo.

—Ellos nos enseñan números —dijo en determinado momento—. Cuántos pasajeros, qué costes, cuánto hay que reparar. Pero cuando pregunto cómo va a ir mi madre al médico en invierno, nadie sabe responderme.

Anoté sus palabras con exactitud.

—¿Quién les enseña esos números?

—La gente del proyecto. Estuvieron aquí en primavera. Después enviaron unos documentos.

—¿Podría verlos?

Reto vaciló.

—No tengo la versión completa. Solo un resumen.

Sacó varios folios de un cajón. En el primero aparecía una comparación de las alternativas para el futuro funcionamiento de la ruta. Una de ellas figuraba como recomendada, pero no se habían incluido los anexos detallados.

Fotografié los documentos después de pedirle permiso.

—¿Habló con sus autores? —pregunté.

—Con varias personas. Recuerdo a una mujer que tomaba muchísimas notas. Y a un hombre que preguntaba por el mantenimiento de las vías en invierno. No recuerdo sus nombres.

Antes de marcharme, le prometí enviarle el artículo terminado. Me detuve junto a la puerta al escuchar nuevamente su voz.

—¿Señora Markiewicz? Por favor, no escriba solamente sobre lo bonito que es este lugar.

Me volví.

—No pienso hacerlo.

Cuando regresé a la estación, Hubert estaba junto al panel informativo, hablando por teléfono. Hablaba en polaco, en voz baja y con firmeza.

—No podemos tratar todos los tramos de la misma manera. Los datos estacionales no reflejan toda la demanda.

Me vio y terminó la llamada.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Acabo de escuchar algo que no figura en la descripción oficial de esta ruta.

—Esa suele ser la parte más interesante del trabajo.

Lo miré.

—¿Usted también lo sabe?

—¿El qué, exactamente?

—Que las cifras no siempre reflejan cómo vive realmente la gente.

Durante unos instantes me observó sin sonreír.

—Lo sé.

Había algo en su voz que todavía no sabía identificar.

—Entonces quizá debería ayudarme —dije antes de tener tiempo de considerar todas las consecuencias.

Levantó las cejas.

—¿En qué?

—A comprender esta ruta. No solo como paisaje ni únicamente como proyecto técnico. Quiero saber qué es lo que no estoy viendo.

Hubert miró su reloj y después las puertas del tren detenido en el andén, que acababan de cerrarse tras el último pasajero.

—Puedo hacerlo —respondió—. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que no dé por sentado que toda solución técnica es enemiga de las personas que viven aquí.

Lo observé durante varios segundos.

—Y usted no dará por sentado que cada historia personal es solo una anécdota imposible de incluir en una tabla.

Sonrió lentamente.

—Me parece un trato justo.

No nos dimos la mano. No hacía falta.

Permanecimos frente a frente en aquel pequeño andén alpino mientras el tren se alejaba hacia el túnel. Era consciente de que acababa de aceptar algo que aquella misma mañana no figuraba en ningún apartado de mi itinerario.

Y de que esta vez no se trataba únicamente de un viaje.

Capítulo 2 - Entre los horarios y el deseo

A la mañana siguiente me despertaron las campanas de una iglesia y el aroma del café que llegaba desde la planta baja de la pensión. Durante unos instantes no supe dónde estaba. El techo de madera, las pesadas cortinas y las cumbres nevadas que se veían por la ventana me recordaron que la noche anterior había decidido quedarme en Bergün en lugar de regresar al hotel más grande de Chur.

Eran las seis y veinte. Sobre la mesita descansaba mi cuaderno con las preguntas que había preparado y, junto a él, el teléfono con un mensaje de Hubert.

«El mirador estará accesible a partir de las siete. Si quiere hacer fotografías antes de que lleguen las nubes, conviene salir temprano. No tenemos por qué ir juntos».

Leí el mensaje dos veces.

La última frase era muy propia de él. Hubert sabía ofrecer ayuda de una manera que no exigía gratitud. No insistía, no me preguntaba si estaba de acuerdo y tampoco intentaba utilizar sus conocimientos para dirigir mis decisiones.

Le respondí: «Estaré allí a las siete. Pero si vuelve a darme una conferencia sobre los costes de mantenimiento de las infraestructuras, lo abandonaré en las montañas».

Su respuesta llegó casi inmediatamente.

«Acepto el riesgo profesional».

Sonreí mirando la pantalla antes de recordar que tenía treinta y seis años, un contrato importante que cumplir y muy poco tiempo para entablar relaciones con hombres a los que había conocido por casualidad en una estación ferroviaria.

Delante de la pensión me recibió un frío que atravesó inmediatamente la tela del abrigo. Hubert esperaba unos metros más allá, apoyado contra un muro bajo de piedra. Llevaba una chaqueta oscura, un jersey gris y sostenía un termo en la mano. Al verme, se incorporó.

—Buenos días.

—Eso depende de para quién. Son las siete de la mañana.

—En las montañas ya es tarde.

—En Varsovia, a estas horas, la gente todavía finge no oír el despertador.

—¿Usted también?

—Yo negocio con él.

Me ofreció un segundo vaso de café. Vacilé.

—¿Cómo lo sabía?

—Ayer tomó dos cafés antes del mediodía. El primero, en parte, sobre su propia muñeca.

—Eso resulta preocupantemente detallado.

—Tengo buena memoria para las cosas que provocan retrasos.

Acepté el vaso. El café era fuerte, amargo y exactamente lo que necesitaba.

Empezamos a subir por un sendero que se elevaba sobre el pueblo. La gravilla crujía bajo nuestras botas y el aire olía a tierra húmeda y madera. Hubert caminaba a mi lado, adaptando el ritmo al mío sin hacer comentario alguno. De vez en cuando señalaba fragmentos de la infraestructura ferroviaria que podían distinguirse entre los árboles, pero no me abrumaba con detalles.